

Carlos Rubio el soñador

El romántico

Carlos Rubio fué el trovador de la libertad. Se detuvo junto al castillo misterioso en que supuso habitaba la bella mujer; cantó su trova y recogió una flor arrojada por la dama. ¿Para qué más? Un romántico, como él era, tiene con esto bastante. Con esto y con ser leal hasta la muerte, al amor que no da sino flores, cuando más da, al amor a un ideal desinteresado y bello.

Nació Carlos Rubio el 21 de Abril de 1832, en la casa número 4, de la antigua calle del Baño, de Córdoba (hoy, dicha calle, lleva su nombre y la casa en que nació ostenta el número 20).

De modesta familia, ésta le dió la educación más esmerada, dentro de sus posibilidades.

Sus padres fueron, el capitán don Tomás Rubio y doña Rita Collet.

En la iglesia parroquial de San Pedro recibió las aguas del bautismo, el que más tarde había de ser batallador periodista, notable político y poeta, honra de las Letras patrias.

A la conquista de Madrid

Era muy joven Carlos Rubio, cuando, con intención de estudiar la carrera de Derecho y de conquistar la gloria soñada, marchó a Madrid.

Pero sus aficiones literarias, le hicieron abandonar los libros y entrar en las redacciones de los periódicos, haciéndose notar desde la publicación de su fantasía «A un lucero» (producción que publicó «El Coliseo»), entre los más distinguidos literatos, que le admiraron y le aplaudieron.

La notoriedad había sido conquistada; los periódicos de más prestigio de la época, solicitaban sus originales y Carlos Rubio, mostraba la curiosidad, a la admiración y a la envidia, por las calles de Madrid, su figura arbitraria de romántico, alejado de toda vanidad y de todo personal cuidado.

Liberal, de una vez

Así como ha habido hombres liberales lealísimos, honradísimos, meritísimos, ha habido hombres liberales que lo han sido en dos veces; liberal así y liberal de la otra manera; los ha habido liberales circunstanciales, liberales de ocasión, liberales de conveniencia y liberales tráfugas. Panzas llenas, ambiciones satisfechas, deseos cumplidos y luego ingratitud. ¡Horrible ingratitud para los hombres y para las ideas!

Carlos Rubio fué liberal de una vez y para siempre; liberal por sentimiento; por naturaleza, por convicción; no pidió nada, no se lucró con nada y lo dió todo, todo por su noble divisa de romántico liberal.

Y por ser liberal sacrificó su tranquilidad, su sosiego y, con la pluma y hasta con la espada, defendió la idea generosa, siendo estimadísimo de los hombres políticos de altura, como Sagasta, Prim y otros.

El destierro

El partido progresista sufrió grandes vicisitudes y Carlos Rubio, se vió precisado a emigrar a Inglaterra.

En el destierro, no permaneció ociosa su pluma, que produjo bellas poesías y admirables prosas, impregnadas de la intensa melancolía que embargaba el alma del ausente de su patria.

En castigo de amor

Allá en Londres, donde es utilizado, como secretario, por Prim, Carlos Rubio piensa constantemente en España, amor de sus amores y tiene fe en el triunfo de su ideal; fe, esa fe que nunca le faltó, que fué como un hálito divino, alentador de su vida de azares y penalidades.

Ved lo que escribe en la capital inglesa, dedicando su libro «Colección de cuentos a María Heredia»:

«Te había ofrecido un libro, querida niña, y te lo envió desde el extranjero suelo, por donde vago, triste y solitario, en castigo de amor a mi patria».

El regreso a España

Con el triunfo del partido político a que pertenecía, verificose el regreso a España, de Carlos Rubio, al que sólo pudieron hacer aceptar un puesto en la Cámara y un modestísimo destino.

Carlos Rubio y Castelar

Uno de los mayores triunfos de Carlos Rubio, fué el obtenido con motivo de una polémica entablada entre él y el mejor orador español, Emilio Castelar.

Esta polémica se suscitó al tratar de la fórmula del progreso, Carlos Rubio en «La Iberia» y Castelar en «La Democracia».

En la justa del ingenio y del saber, Carlos Rubio venció al gran tribuno, lo que acrecentó, en proporción extraordinaria, su prestigio.

El abandono personal

Según sus biógrafos, Carlos Rubio fué el prototipo del hombre abandonado, que no cuida de sí en lo material, sino en lo espiritual.

En cierta ocasión fué a su casa don Práxedes Mateo Sagasta, el cual halló, entre mil papelotes tirados en el suelo, un billete del Banco de España, de quinientos reales. Sagasta recogió el billete, al mismo tiempo que entraba en la habitación Carlos Rubio, el que le manifestó que había tenido que salir a buscar dinero, pues carecía de lo más indispensable.

—Y sin embargo—dijo Sagasta—este billete estaba entre los papeles del suelo—y le entregó el billete.

Carlos Rubio, lo cogió, sin muestras de alegría y empezó a hablar de política.

Y esta es la gloria

El 17 de Junio de 1871, murió, en Madrid, pobremente, como vivió, Carlos Rubio.

Su joven naturaleza, agotada por las penalidades, los sufrimientos y los infortunios, se rindió al fin.

Unas lágrimas de los amigos; unas flores sobre su tumba; sus versos, sus proclamas, sus cuentos leídos.

Y ya, para siempre, el recuerdo de lo que sufrió, creó y amó.

Recuerdo que se hace imagen invisible, al pie de su tumba.

Y esta es la gloria, que vela su sueño eterno.

FRANCISCO ARÉVALO.